

LA MÁQUINA QUE CONSTITUYE EL CUERPO

Estos hombres estarán compuestos, igual que nosotros, por un alma y un cuerpo. Y es necesario que os describa, en primer lugar, el cuerpo por una parte y, después, el alma por otra y separadamente; y que os muestre, finalmente, cómo esas dos naturalezas deben ser juntadas y unidas para componer hombres que se asemejen a nosotros. Voy a suponer que el cuerpo no es más que una estatua o máquina de tierra que Dios, adrede, forma para hacerla lo más semejante posible a nosotros, de tal manera que no sólo le dé exteriormente el color y la forma de todos nuestros miembros, sino también que introduzca en su interior todas las piezas necesarias para que ande, coma, respire y, finalmente, imite todas aquellas de vuestras funciones que se pueden imaginar procedentes de la materia y que sólo dependen de la disposición de los órganos.

Vemos relojes, fuentes artificiales, molinos y otras máquinas semejantes que, aunque hayan sido hechas sólo por los hombres, no dejan de tener la capacidad de moverse por sí mismas de muchas y distintas maneras y me parece que, por mucho que me pudiera imaginar todo tipo de movimientos en esa máquina que supongo hecha por las manos de Dios, por muchos artificios que le atribuyera, siempre os cabría pensar que puede haber en ella todavía más. (pg. 675)

CÓMO SE MUEVE LA MÁQUINA

Por otra parte, a medida que estos espíritus entran así en las concavidades del cerebro, pasan de ahí a los poros de su sustancia y de esos poros a los nervios, donde, según si entran, o intentan entrar, más o menos en unos o en otros, tienen la capacidad de cambiar la configuración de los músculos en los que esos nervios están insertos y, por ese medio, hacer que se muevan todos los miembros, tal como, en las cuevas y en las fuentes que hay en los jardines de nuestros reyes, vemos que esa misma fuerza que empuja el agua al salir de su manantial basta para poner en movimiento varias máquinas e incluso para hacerlas sonar como ciertos instrumentos o pronunciar algunas palabras, según la diversa disposición de los tubos que conducen el agua.

Y verdaderamente muy bien se pueden comparar los nervios de la máquina que os describo con los tubos de las máquinas de esas fuentes; sus músculos y sus tendones, con los otros diversos ingenios y resortes que sirven para moverlas; sus espíritus animales, con el agua que las remueve, cuyo corazón es el manantial y las concavidades del cerebro las aberturas de los caños. Además, la respiración y otras acciones que le resultan a la máquina naturales y corrientes, y que dependen del curso de los espíritus, son como los movimientos de un reloj o de un molino, que la corriente del agua puede hacer continuos. Los objetos externos que con su sola presencia actúan sobre los órganos de los sentidos de la máquina y que, por ese medio, la impulsan a moverse de varias y distintas formas, según la disposición de las partes de su cerebro, son como los extraños que, al entrar en algunas de las cuevas de esas fuentes, ocasionan ellos mismos, sin pensarlo, los movimientos que tienen lugar en su presencia.(...) Y, finalmente, cuando el alma razonable se halle en esta máquina tendrá su sede principal en el cerebro y allí desempeñará la misma función que el fontanero que tiene que estar en los respiraderos adonde van a parar todos los rubos de esas máquinas, cuando quiere estimular o impedir o cambiar de alguna manera sus movimientos. (pg. 683)

LA ESTRUCTURA DEL CEREBRO EN ESTA MÁQUINA Y CÓMO DESDE ALLÍ SE DISTRIBUYEN LOS ESPÍRITUS PARA PRODUCIR MOVIMIENTOS Y SENSACIONES

Por otra parte, antes de pasar a la descripción del alma racional, quiero que reflexionéis un poco sobre todo lo que acabo de decir acerca de esta máquina y que toméis en consideración, en primer lugar, que no he s11 puesto en ella ningún órgano ni ningún resorte que no esté hecho de tal manera que no podamos persuadir-nos fácilmente de que existen unos semejantes tanto en nosotros como en varios animales irracionales. Ya que, aquellos que pueden ser claramente percibidos por la vista han sido señalados por los anatomistas, y, en cuanto a lo que yo he dicho sobre el modo en que las arterias llevan los espíritus al interior de la cabeza y sobre la diferencia que hay entre la superficie interna del cerebro y el centro de su sustancia, también podréis ver a simple vista bastantes indicios para no dudar de ello, si miráis con un poco de detenimiento. Tampoco podréis dudar de esas pequeñas puertas o válvulas que he colocado en los nervios, en las entradas de cada músculo, si reparáis en que la naturaleza las ha formado, por lo común, en todos los lugares de nuestros cuerpos por donde enrra, normalmente, alguna materia que quizá vuelva a salir, como en las entradas del corazón, de la vesícula biliar, de la garganra, de los intestinos más gruesos, y en las divisiones principales de todas las venas. (Pg. 735)

(...)

A continuación deseo que consideréis que todas las funciones que yo he atribuido a esta máquina, como la digestión de los alimentos, el latido del corazón y de las arterias, la n utrición y el crecimiento de los miembros, la respiración, el estado de vigilia y el sueño; la percepción de la luz, de los sonidos, de los olores, de los sabores, del calor y de todas las demás cualidades en los órganos de los sentidos externos; la impresión de las ideas de todas estas cualidades en el órgano del sentido común y de la imaginación, la retención o huellas de esas ideas en la memoria, los movimientos internos de los apetitos e inclinaciones o pasiones; y, finalmente, los movimientos externos de todos los miembros, que siguen con tanta precisión tanto acciones de los objetos que presentan a los sentidos, como pasiones e i mpresiones que se hallan en la memoria, imitan con la mayor perfección posible las acciones de un hombre de verdad. Repito, deseo que consideréis que esas funciones son todas por naturaleza consecuencia de la disposición de sus órganos, y sólo de ella, como ni más ni menos resultan de la disposición de sus contrapesos y de sus ruedas los movimientos de un reloj o de otro autómeta, de tal manera que no hay que concebir en la máquina, en relación con sus funciones, ninguna alma vegetativa ni sensitiva ni ningún otro principio de movimiento ni de vida que no sean su sangre ni sus espíritus agitados por el calor del fuego que arde continuamente en su corazón y que no es de naturaleza distinta de la de los fuegos que están en los cuerpos no animados. (pg. 736)

DESCARTES R., *Tratado del hombre*. Ed Gredos.